LA CELDA DE LOS LEPROSOS

por Tomás L. Verdejo

autor de «TREN DE NOCHE» y «LOS ELEGIDOS»

Cristina volvió a contemplarse, esta vez en el espejo del vestíbulo, antes de abrir la puerta que la conduciría al jardín ante cuya verja se hallaría Eloy esperándola. Era deliciosamente atractiva y ella lo sabía, sin lugar a dudas, y sabía también que la expresividad de su juvenil rostro, mezcla hirviente de inocencia y sensualidad, era capaz de producir estragos en los hombres más inaccesibles. Tras un pícaro mohín dedicado a sí misma a través del espejo, abrió la puerta y salió al fin, cerrando a su espalda.

En efecto, allí estaba él, sentado ante el volante de su singular coche, tan negro como anacrónico. Se trataba de un Citröen de la década de los cincuenta, con aire inequívocamente alcaponiano.

–¿Por qué no propones la venta del coche a la dirección del museo? –bromeó, mientras abría la vieja portezuela y los goznes chirriaban como en el más tenebroso efectismo de una película de terror.

–Entre otras cosas de menor importancia, porque no creo que este cacharro pudiese aterrorizar a nadie; pero, fundamentalmente, porque vamos a un auténtico museo del terror y no a una sala destinada a asustar a los niños y a provocar sonrisas o bostezos en los mayores que les acompañan.

–¿Te enfadas por lo que de peyorativo has creído que pudiera tener mi comentario hacia tu coche, o es la seriedad de ese museo lo que te molesta que pueda ser objeto de burla?

–No me enfado, ni por una cosa ni por otra...

Los vivaces y bellos ojos de la muchacha buscaron los de Eloy, teniendo la frágil estructura de un puente de amor sin concluir.

–Haces bien, porque de ningún modo he pretendido ofenderte. Tú sabes que me encanta este coche; en cuanto al museo, aún no puedo darte mi opinión, porque no lo he visto, pero si a ti te gusta, no cabe duda de que debe ser muy interesante. Lo digo de verdad; no te estoy haciendo la pelota.

Mientras el coche iba alcanzando las calles del núcleo urbano, Cristina dudó entre preguntar a Eloy el motivo de que la hubiera estado esperando en el coche, sin querer entrar en la casa, o silenciar el tema como si careciese de mayor importancia, decidiéndose por esto último, puesto que conocía la respuesta a su pregunta. Era muy poco el tiempo que llevaban saliendo juntos y él no quería precipitarse dotando a sus relaciones de un formalismo familiar que pudiese comprometerlo o menoscabar su independencia para decidir lo que podría o no serle convincente. Ella compartía esta forma de entender la relación entre los dos.

Bruscamente, y coincidiendo con el desgarrado chirriar de los frenos, se sintió proyectada hacia adelante, estando a punto de golpearse contra el cristal delantero. Era un paso de peatones. La gitana que había estado a punto de ser atropellada, clavó el brillo de su mirada plateada en los ojos aún asustados de Cristina. Fue un período de tiempo indeterminado –¿segundos o siglos?–, pero, en cualquier caso, bastó para que la muchacha advirtiese que la extraña y hermosa gitana, no la miraba con odio ni con rencor, era una inquietante mirada de compasión, de lástima... De piedad.

Cuando Eloy volvió a poner el coche en movimiento, ella se giró en el asiento, a impulsos de una inidentificable ansiedad, buscando con su mirada la de aquella inquietante gitana. Y la encontró. Lejos ya. Desde la acera, al borde del paso de peatones cuyo dibujo sobre la calzada le era imposible divisar.

–¿Te has fijado en cómo me ha mirado?

–Bah... Olvídalo. ¿Qué sería de muchos de estos gitanos si se les viniese abajo el tinglado de superstición y de brujería que tienen montado?

–Es decir, que tú también te has dado cuenta...

–Es la forma de echar el anzuelo sobre un posible cliente. Ha pensado que mañana o pasado puedes volver a ese lugar con la única intención de buscarla y tratar de obtener una explicación sobre su «enigmática y esotérica» mirada.

La sala había sido abierta en una calle tan estrecha como plagada de contaminación, en el casco antiguo de la ciudad, y la fachada respondía a un caserón del Renacimiento que, en sus días de esplendor, debió pertenecer a familias feudales o a altos jerarcas de la Iglesia. La puerta de entrada, tallada con motivos casi en su totalidad místicos o religiosos, se integraba en el formidable conjunto de un portalón de madera tan vieja como recia, con un deteriorado escudo de armas, que aún parecía guardar reminiscencias de su antigua soberbia, sobre el arco de piedra.

–Dicen que fue casa de la Inquisición y que los sótanos no eran otra cosa que salas de torturas –comentó Eloy, subiendo el coche a la acera, ante la imposibilidad que ofrecía la calle de estacionar a ambos lados de la calzada.

–Podríamos dar una vuelta a la manzana, o esperar un poco, a ver si nos dejan hueco...

–No creo que vengan a llevárselo. Anda, baja y entremos.

Tras el portalón, hallaron un amplio vestíbulo, con suelo de madera vieja y crujiente, paredes de yeso y techo alto sostenido por arcaicos troncos convertidos en vigas. Antes de llegar al gran arco de medio punto que daba acceso a un patio empedrado, se hallaban dos arcos rebajados, a derecha e izquierda, convertidos en pórticos de las escaleras, de madera tan vieja como la del suelo del propio vestíbulo, que accedían a la galería que rodeaba el patio.

Se decidieron por la escalera de la izquierda y, temiendo que en cualquier momento sus pies fueran apresados por los tétricos peldaños, llegaron a la galería. Las antiguas y espaciosas habitaciones habían sido habilitadas como salas, dedicándose cada una a un motivo concreto.

Cristina se sintió sorprendida, aunque en modo alguno defraudada. No se trataba del esperado y clásico museo del terror, con preponderancia de monstruos populares, de los que han pasado a convertirse en juego y diversión de niños –allí se prohibía la entrada a los menores de dieciocho años–, si no que el argumento generalizado se cimentaba en la propia historia de la humanidad, aunque en todo momento se prescindiese de nombres propios. Cada escena era aislada de las demás por medio de paredes a modo de biombos, siendo cuidado hasta el último

detalle, de modo que la expresión aterrada del los hombres, ancianos, mujeres y niños, que se ahogaban víctimas del Diluvio Universal, provocaba escalofríos en el más insensible de los visitantes. Un gladiador devorado por las fauces sangrientas del león; una mujer, y su hija de ocho o diez anos, violadas por la furia salvaje de los bárbaros; hombres y mujeres, desnudos, víctimas del «baño frío» en un campo nazi; una muchacha japonesa dando a luz un monstruo de dos cabezas como consecuencia de las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki... Todo era como una singular historia del terror real, más estremecedor que el que jamás hubiese podido surgir de la mente del más imaginativo y genial de los escritores o guionistas cinematográficos.

–Es extraordinario... –comentó, apretándose instintivamente contra Eloy.

–Ya te advertí que se trataba de algo único y no de Frankestein ni de Drácula.

Siguieron recorriendo las distintas secuencias del terror histórico, en tanto Cristina advertía que las emociones producidas por aquel inesperado espectáculo iban ganado la batalla al aplomo mental y, en consecuencia, a la firmeza de su voluntad. Tenía miedo. Pero, ¿por qué? Las escenas que allí se representaban podían producirle tensión, incluso horror... Pero miedo...

Y surgió en su cerebro el brillo plateado de la mirada gitana; pupilas cargadas de tristeza, de lástima... De pena. Sus manos se aferraron a uno de los brazos de Eloy, dispuesta a pedirle que salieran de aquel lugar, con la promesa de volver otro día cualquiera...

–En los sótanos está lo que yo considero más interesante. Ven.

Le falto capacidad para reaccionar y se dejó conducir por el dinamismo de Eloy, cuyo ánimo no parecía sufrir la más insignificante alteración.

Bajaron al patio por el fondo, pasando por debajo del arco que confrontaba con el del vestíbulo, y él se dirigió, con paso decidido, hacia una puerta situada en uno de los rincones, semioculta por las esparragueras.

–Ahí abajo estaban las celdas al interrogatorio de los herejes, que casi siempre eran judaizantes, brujas o mahometanos.

Descendieron por una escalinata estrecha, de paredes húmedas, medio iluminada por ancestrales candiles que iban empapando la carcomida madera con el goteo de su aceite.

Un pasillo tenebroso, de barro y piedras, a cuyos lados se abrían dos filas de negras mazmorras, todas ellas sin puerta, convertidas en singulares «salas de exposición». Tal como Eloy había anunciado. En cada una se representaba una escena de tortura-interrogatorio, con figuras de piedra, madera o cera.

–Somos los únicos –comentó Cristina, sintiéndose definitivamente envuelta por una extraña sensación de inquietud, en cuyo centro parecían brillar los ojos de la gitana que habían visto en el paso de peatones–. ¿Por qué no bajan algunos de los visitantes que hay en las galerías?

–Estas salas aún no han sido abiertas al público.

–Entonces deberíamos irnos...

–No te preocupes –dijo él, reteniéndola por un brazo y sonriendo de forma cariñosa y protectora–; a nosotros no nos dirán absolutamente nada, aunque nos descubran. Ya te he dicho que soy muy amigo del hombre que lleva todo esto. El mismo me aconsejó que no dejara de echar un vistazo a este sótano; le interesa mi opinión.

Los sistemas de tortura del Santo Oficio estaban representados en toda su crudeza. Cristina pensó que incluso de forma exagerada.

En «la garrucha», el inquisitoriado, desnudo en su totalidad, colgaba de una

cuerda atada a las muñecas que pasaba por una polea que se sujetaba a una de las vigas del techo y de cuyo extremo tiraban un par de encapuchados. De los pies del torturado colgaban unas pesas de hierro, de modo que sus miembros se viesen dolorosamente tensados, próximos al resquebrajamiento. Sobre su rostro, descompuesto por el dolor, se inclinaba un clérigo, portando una cruz, en tanto un segundo se sentaba en un sillón de soberbio respaldo –éste con una cruz mayor– y contemplaba la escena con expresión entre piadosa y justiciera, franqueado por dos alguaciles o soldados del Santo Oficio.

En «la toca», la víctima era atada sobre un bastidor, en tanto los verdugos –o torturadores anónimos– le forzaban a abrir la boca, introduciéndole una toca, o paño, hasta la garganta, para obligarle a tragar agua vertida lentamente. Para verter el agua se empleaba un jarro y la intensidad de la tortura variaba según el número de jarros que se hubiesen utilizado.

«El potro» consistía en atar al supuesto hereje de pies y manos a un bastidor o banqueta, al tiempo que la cuerda pasaba también por el resto del cuerpo –ingles, vientre y pecho–, de forma que, dependiendo de la presión efectuada sobre aquella, la carne desnuda del torturado era rasgada con menor o mayor violencia. A la luz de los verdes cirios que alumbraban el gran crucifijo a cuyo pie se sentaba el secretario inquisidor, resaltaba una sentencia que aparecía manuscrita en un pliego pegado a la pared:

«CHRISTI NOMINE INVOCATO. –Fallamos atentos los autos y méritos del procesado, indicios y sospechas que resultan del dicho, que le debemos condenar y condenamos a que sea puesto a cuestión de tormento, en el cual mandamos esté y persevere por tanto tiempo cuanto a Nos bien visto fuere, para que en él diga la verdad de lo que esté testificado y acusado; como protestación que le hacemos que si en el dicho tormento muriere, o fuere lisiado, o se siguiere efusión de sangre, o mutilación de miembros, sea a su culpa y cargo, y no a la nuestra. Y por esta sentencia, así lo pronunciamos y mandamos...»

Seguían la prueba de las brasas, y la del hierro rojo, y la del caballete, y la del sol, y la del fuelle, y la del aire frío... Pero, sin duda, la que más impresionó a Cristina fue la del «ataúd», consistente en introducir al torturado en un ataúd de madera que luego se cerraba. El supuesto hereje debía sobrevivir con el aire contenido dentro de la caja. Si no estaba dispuesto a confesar, permanecía mudo a los dos golpes que, de vez en cuando, daba el verdugo sobre la tapa; si había decidido admitir su culpabilidad, sólo tenía que contestar con dos golpes idénticos.

–Debería ser horrible. Cuando a ese hombre, o a esa mujer, le faltase el aire, arañando en la tapa de la caja, forzosamente tendría que acabar admitiendo las culpas que le hubiesen atribuido, aunque se tratase de injurias.

–Ven –dijo Eloy, sin contestar a su comentario–; no todo se reduce a actuaciones inquisitoriales.

En efecto, no se habían descuidado otras expresiones del horror medieval, tales como la crueldad de las guerras santas, el hambre de los vasallos o la exterminación por la peste... Los ya inquietos ojos de Cristina se detuvieron de forma especial sobre le impresionante cuadro que, en la última celda del sótano, formaban unos encapuchados acurrucados contra las paredes, con rostros demudados por el dolor y desfigurados por la progresión implacable de la lepra. Volvieron sus manos a buscar la proximidad del cuerpo de su acompañante. Era increíble el realismo de aquellas figuras, tanto que, de no haber sido por su quietud, hubiese jurado que se trataba de seres vivos. Sintió como un hálito de aire frío que, naciendo en su nuca, se deslizó médula abajo, provocándole una súbita

sacudida.
Chirriaron desagradablemente los goznes de la puerta que daba al patio y los golpes producidos por unos zapatos al pisar los escabrosos peldaños de madera resonaron de manera tétrica en el oscuro y frío ámbito del sótano que bien hubiera podido ser utilizado para bodega. El cuerpo de la muchacha se incrustó materialmente en el de su joven amigo, mientras esperaban el momento de descubrir a la persona que bajaba.
Se trataba de uno de los empleados que se encargaban de vigilar el movimiento de los visitantes.
–La grúa está cargando su coche –comunicó, dirigiéndose a Eloy–; si sale ahora mismo, evitará que se lo lleven.
–Espérame aquí mismo –dijo él–; volveré en un momento.
–Voy contigo –casi exclamó Cristina, aterrada ante la idea de quedarse sola en el sótano.
Los ojos de Eloy buscaron los suyos, con un brillo de humillante burla.
–Esa igualdad absoluta, o incluso esa superioridad sobre el hombre, a la que tanto aspiráis las mujeres, tiene que extenderse también a situaciones aparentemente tan insignificantes como esta... En fin, ve tú a pagar la multa y yo te espero aquí... Aquí tienes dinero, y la documentación...
Su actitud produjo el efecto deseado sobre el orgullo femenino.
–Si tu puedes quedarte solo, también puedo quedarme yo.
–Así me gusta. Aunque a veces penséis lo contrario, un hombre de verdad se siente mucho más atraído por una mujer decidida y con empuje que por otra lánguida y sin carácter. Volveré en seguida.
Cuando Eloy le dio la espalda y echó a andar hacia la puerta, en compañía del empleado, sintió ella como se diluía el arrebato de orgullo hasta el punto de permitir la irrupción en tromba de aquel pánico que, segundos antes, había helado su médula espinal. Fue a llamarle, definitivamente olvidada de todo matiz pro feminista, y la puerta se cerró con resonancias en la pétrea y terrosa bóveda.
Recurrió al límite de sus fuerzas psíquicas, aferrándose al punto de orgullo que aún pudiera quedarle en pie. Quiso pensar en aquellas mujeres que en verdad padecieron los horribles rigores de las situaciones que allí se representaban y lo estúpido y hasta despreciable que les parecería su pánico ante figuras sin vida, simples muñecos de uno u otro material. Y se sorprendió a sí misma avanzando hacia aquella celda que le había causado tan profunda impresión. El horror de la lepra. Todos eran hombres, ataviados con andrajos que mal podían ser simulados por los negros y sucios capuchones que semiocultaban sus rostros. Eran seis en total. Dos se hallaban tendidos de bruces sobre la tierra húmeda; un tercero apoyaba la espalda en uno de los ángulos de la celda, con la mirada fija en la carne de sus manos, en descomposición, en tanto otro permanecía encogido, acurrucado contra la pared, hecho un ovillo, como si pugnase por evitar que fuese descubierto ni un milímetro cuadrado de su piel; uno más aparecía sentado, con las rodillas estiradas y los ojos clavados en la pálida llama del candil que sostenía en su diestra. El rostro de éste último, difusamente iluminado, aparecía cubierto de manchas en carne viva, con oscuridades de sangre mortecina. Por último, el sexto personaje, estaba de rodillas, en actitud crispada, los puños apretados y la mirada fija en el blanco colchón tendido a la derecha de la puerta. Era un detalle que hasta aquel momento le había pasado inadvertido, dado que, desde el pasillo, no habían podido sus ojos abarcar toda la celda.
Ahora estaba dentro, sin comprender su propia osadía, lenta pero

progresivamente ganada por una atracción indefinible que emergía de cada una de aquellas patéticas figuras. No era desafío ni tampoco victoria sobre el profundo temor que, segundo a segundo, la iba poseyendo; era como si de la escena emanase una extraña fuerza sobrenatural que tiraba de ella.

Volvió a posar la mirada en el blanco y limpio colchón, en brusco contraste con todo lo que le rodeaba, y allí, en su mismo centró, creyó redescubrir la mirada gitana, henchida de compasión. Retrocedió de forma instintiva, y en aquel instante, antes de que volviera a encontrarse en el pasillo, oyó la campana. Una inmensa flojedad tiranizó su cuerpo, vaciándolo de energía. Era la campana que colgaba del cuello de cualquier leproso y que éste hacía sonar, cuando caminaba por bosques o campos alejados de lugares que pudieran ser habitados, para avisar de su presencia y alejar de su proximidad a todo el que no hubiese contraído la terrible enfermedad.

Pero aquella campana... ¿quién la hacía sonar? Pasos en el sótano. Lentos, quedos... Como de pies descalzos, movidos por un enfermo. La campana insistía en su tétrico tañer. Y los pasos, apenas audibles, subrayaban la aterrante densidad del silencio que iban atravesando. Hasta aquel momento sólo había captado el olor a humedad de todas y cada una de las celdas, y generalizado en el sótano desde el mismo momento en que se abría la puerta de acceso; pero ahora empezaba a ser dominado por la náusea de una pestilencia que inequívocamente debía identificarse con el olor a carne en descomposición.

¿Dónde estaba Eloy? ¿Por qué no volvía ya?

Salió al pasillo y miró hacia el fondo, buscando con la mirada los primeros peldaños que conducían a la salida, encontrándose con aquella espectral presencia envuelta en un hábito de monje, descalza, con la campana colgando de su cuello y con el rostro parcialmente cubierto por un negro capuchón.

–¿Quién eres...? –la voz fue ahogada y la pronunciación trémula.

Pero la figura se limitó a continuar su avance, directamente hacia donde ella se encontraba, haciendo sonar la campana con ritmo tan lúgubre como monótono, y con la mirada dirigida hacia los pies de la joven, sin que ella, tanto por la penumbra como por la capucha que medio envolvía la fantasmagórica cabeza, pudiese ver, y mucho menos identificar, el rostro que se iba acercando. Retrocedió sacudida por un profundo sobrecogimiento, volviendo a entrar en la celda de los leprosos, sin conciencia de su movimiento. Quedó en el centro, junto al colchón, con los ojos clavados en el hueco de la puerta, oyendo el lento avance del leproso viviente, advirtiendo pronto su alargada y difuminada sombra. Estaba a punto de aparecer al otro lado del carcomido montante.

–¡Eloy!

Repetidamente, gritó el nombre de su amigo, con desesperación pero sin convencimiento; con la seguridad de que él no podría oírla. Quiso llevarse a sí misma el convencimiento de que todo era irreal , producto de una insana pesadilla; o mejor aún, una simple broma. Sí, era eso; una broma del propio Eloy. Pesada. No cabía duda de que había llegado demasiado lejos. Con el propio escenario –tal vez teatral , pero en cualquier caso tétrico–, con aquel hedor capaz de provocar arcadas en el estómago más recio, con el temblor de las sombras proyectadas por las débiles llamas de los candiles, con el tañer monocorde y penetrante de aquella campana...

Sintiendo que las piernas se resistían ya a sostenerla en posición vertical, tendió los brazos hacia la figura fantasmal cuando ésta apareció enmarcada por el cerco de la puerta.

–¡Eloy! ¡Eloy, basta ya! ¡Basta!

Pero, lejos de unos brazos amorosos que la envolvieran de forma protectora, encontró unas manos violentas que la empujaron hacia atrás, haciéndole caer sobre el blanco colchón de paja. Al quedar tendida boca arriba, sus ojos se encontraron con los de la figura del leproso que se hallaba de rodillas ante el colchón. Fue como si en su vientre se acabase de producir un estallido de hielo capaz de paralizar, por congelación, cada uno de los órganos que componían su ser; porque aquellos ojos tenían vida y se clavaban en ella, penetrándola, como dos cuchillos que rasgasen la ropa que cubría su cuerpo, sometiéndolo, indefenso y desnudo, al brillo lujurioso y macilento de unas pupilas vivificadas por el deseo. Sin apartar la mirada de aquellos ojos, paralizada por el terror, pudo advertir que las otras cinco figuras también iban cobrando vida.

¿Qué iban a hacer? ¿Qué estaba sucediendo? Quiso volver a la idea de que todo era una escenificación montada para burlarse de ella, pero el miedo era sobradamente profundo como para impedir la consistencia de tal pensamiento.

El hedor era ya insoportable. Doce focos de enfermiza lujuria caían sobre su cuerpo definitivamente avasallado por el miedo. Apartó sus ojos de aquellas miradas y buscó la del hombre de la campana, ansiando encontrarse, al fin, ante el rostro de Eloy, pero sólo halló una capucha que, ayudada por las sombras, seguía ocultando cualquier rasgo conocido; suponiendo que aquella faz perteneciese en verdad a su amigo.

Reaccionó con inesperada brusquedad, incorporándose de un salto, precipitando su desesperación sobre la puerta. Se interpuso el cuerpo del que momentos antes la había arrojado sobre el colchón. Esta vez, los brazos de aquel ser no fueron capaces de rechazarla con tanta contundencia, pero sí pudieron detener su avance, sujetándola con energía, pese a su violento forcejeo. El propio horror inspirado por el aspecto del que la sujetaba, le proporcionaba fuerzas para lucha, para debatirse con frenesí, pugnando por salir al pasillo e iniciar la carrera hasta los carcomidos peldaños.

Y, de pronto, en el transcurso de la lucha, el capuchón cayó sobre la espalda de su rival.

–¡Tú!

Unos brazos óseos, de los que emanaba un nauseabundo olor a podrido, rodearon su torso, pasando por debajo de las axilas, y unas manos semidescarnadas se le crisparon a los pechos, tirando de ella con furiosa lujuria. Volvió a caer sobre el colchón y, antes de que llegase siquiera a intentar reincorporarse, los seis leprosos se arrojaron sobre su cuerpo.

Llorando, gimiendo, gritando, sus ojos buscaron los de Eloy, en tanto una docena de manos huesudas se restregaban contra su temblorosa carne, desgarrándole la ropa, desnudando el esplendor aterrado de su cuerpo. Los encontró allá arriba, por encima de aquellos rostros cadavéricos que arrastraban las ulcerosas lenguas sobre su piel tersa y empapada de un sudor tan frío como los propios ojos que habían buscado. Ni un destello de compasión en las brillantes pupilas.

Luchó con la desesperación propia de quien se halla a un paso de la muerte y con las fuerzas casi sobrehumanas de quien se ve atacado por la impiedad de monstruos surgidos de dimensiones de ultratumba. Pero con ello sólo logró que las uñas putrefactas penetraran, de forma aún más violenta, en su vientre, pechos, costados... Un insufrible dolor le estalló entre las ingles, y los muslos se le empaparon de sangre.

Allí, por encima de las bocas desprovistas de labios y de las pupilas que hervían

entre cuencas sin párpados, y sobre pómulos en descomposición, seguían los ojos, hermosos pero implacables, del hombre al que poco antes creía haber empezado a amar.

Devorada desde el cabello hasta los pies por aquellos monstruos de almas tan descompuestas como la propia carne que se les caía a pedazos, su capacidad de defensa fue remitiendo hasta dejarla sumida en absoluto abandono. Poco a poco, el dolor fue alejándose y los rugientes espasmos de aquellos engendros de maldad, se diluyeron en el negro vacío que se apoderaba de su mente.

Volvió a buscar la mirada de Eloy, entre las sombras cada vez más espesas, y no la encontró. Sin embargo, aquellos ojos... Sí, unos ojos plateados, más hermosos aún, mucho más... Ojos de mujer. Ojos de gitana...

Y el espesor absoluto de la nada.

*** * ***

Eloy rodeó los hombros de la joven y agraciada señora.

–Vamos, Julia... Te creía más animosa.

–Todo es horrible; pero esta celda...

Era la de los leprosos. Seis. Con las miradas convergiendo sobre un colchón inexplicable blanco y limpio.

Alguien apareció en el sótano.

–Le llaman al teléfono...

–¡Voy contigo! –exclamó Julia.

Pero Eloy la convenció para que se quedase en el sótano, esperándole...